

¡RAPHAEL tu eres el sol y tu club son los reflejos!

EL lema que encabeza este artículo es un anónimo colocado en un delicado cuadro en la oficina del club. Hemos estado allí, hemos hablado con la presidenta, Maribel Andújar, y hemos asistido, finalmente, a una suntuosa merienda que el club organiza todos los meses para unos cuantos de sus socios (la cabida del local no es excesiva y debe hacerse por orden riguroso, con una organización perfecta, de la que se sienten satisfechas todas las «fans»). Lo que aquí transcribimos es sólo una apretada síntesis de las numerosas conversaciones que mantuvimos con las «fans». La transcripción es literal, y el lector sabrá sacar sus propias conclusiones de ello.

Acercarse, micrófono en mano, a una «fan» del club de Raphael supone encontrarse siempre con la misma reserva, con la misma desconfianza:

—¿Y esto para qué revista es?
¿Y qué vais a decir? ¿Vais a decir que estamos todas locas o que somos unas histéricas, como dicen en todos los sitios?

—¿Por qué dicen que sois unas histéricas?

—Porque gritamos cuando ve-

mos a nuestro ídolo, al "niño"... Pero los hombres también gritan cuando van al fútbol y nadie les dice nada. Como nosotras somos jóvenes, pues dicen que estamos locas, y es que no entienden que Raphael se lo merece todo y que nosotras estamos aquí para darle todo lo que se merece...

—¿Qué es merecérselo todo?

—Pues todo. Darle todo lo que se merece.

Hay algunas «fans» que hablan durante horas. Otras son más silenciosas, se limitan a confesar su amor al ídolo, al mejor cantante de España e incluso del mundo, al niño más guapo que yo qué sé, al tío más macizote que conozco, que, ¡ay, Dios mío, y cómo canta, y cómo mira, y qué bien está!... Estas lacónicas «fans» son, quizá, las que luego, en casa, componen los poemas que la revista del club edita más tarde:

Cuando llega en las tardes el cre-
púsculo
y el sol, al ocultarse, invita a me-
ditar,
a mi alma llega la melancolía,
y ante mí desfilan las sombras
vagas
de amores tristes, de sueños idos,
que cual marchitas pálidas hojas



La sede del club, con un par de amables «fans» que ayudan en la continua e ingente labor de contestar cartas y atender el teléfono.

el viento arrastra en el vendaval; escucho entonces tu voz lejana, como si el eco la repitiera can-

[tando:
«A Laura», «Desde aquel día»,
«Que no me despierte nadie»,
«Un largo camino» e «Inmensi-

[dad». Tu voz, en fin, me alegra, me en-

[tristece, me apasiona, me estremece; hay un raudal de ternura y senti-

[miento, que a mi alma llega al escuchar [tu canto y que dulcemente se desborda en [llanto.

En Madrid hay unos cuatro mil quinientos socios del Club Raphael. En España, once mil. Nos lo dice Maribel Andújar, la presidenta del club, que tiene veinte años:

—Un trabajo de mucha responsabilidad, porque tienes a tu cargo a mucha gente. Todo el día me lo paso contestando cartas o atendiendo a gente. Salgo a las ocho o a las nueve. Es mucho trabajo, pero Raphael se lo merece todo. Nuestro club sirve para honrarle y promocionarle, aunque él no lo necesita. Pero nosotras le admiramos y queremos demostrárselo. Al club puede pertenecer quien quiera, y de hecho hay socios de todas las edades, aunque la edad media es la de dieciocho años. Pero tenemos matrimonios y señoras mayores; incluso mascotas de pocos meses, porque hay padres que han venido a inscribir a su hija o hijo al club incluso antes de hacerlo en el registro civil.

—¿Qué ventajas tiene el ser socio del club?

—Pues, hombre, se recibe la revista mensual y una foto inédita. Y pagando veinte duros se puede ir a la merienda que organizamos todos los meses. Y también se puede ir a esperar a Raphael cuando viene del extranjero. Y puede uno usar el uniforme, que sólo cuesta cuatrocientas pesetas. O ponerse los llaveros y cinturones que nos han fabricado en El Corte Inglés. Pagando un poco más se puede ir a las excursiones... Además, se hacen sorteos todos los meses, y lo mismo te puede tocar una fotografía de Raphael que una postal o un disco, o incluso hasta una corbata suya...

—¿Una corbata?

—Sí, claro, una corbata... Es el mayor honor que puede tener una raphaelista.

—¿Y cuánto paga una raphaelista al mes?

—La cuota simple es de veinticinco pesetas. Al alcance de cualquier bolsillo.

Las cosas de Raphael

«Raphael no usa reloj, le gustan mucho los huevos fritos, su color preferido es el negro, le gustan los pájaros que no can-



«Elegancia personificada, voz linda y terminada, juventud sana y cultivada, que comprenden y te aclaman tus admiradoras del alma que raphaelistas nos llaman».

tan, su cuarto de baño es una maravilla, reza al levantarse y al acostarse, es devoto del Cristo de Medinaceli, su camisa preferida es la roja, calza siempre botines negros, no fuma, le encanta beber cerveza, no le gusta el alcohol, prefiere el té al café, al levantarse toma zumo de naranja, no le gusta afeitarse (pero se afeita), no lleva nunca bolígrafo, pero se queda con el que le dejan; suele usar muchas veces sombrero, le gusta escribir, pero no mucho leer; cuando está solo le encanta escuchar discos, en los ensayos nunca canta, sino que tararea; tiene bastantes pecas, es propenso a engordar, se muerde las uñas, ha recibido más de un millón de proposiciones matrimoniales...».

Elegancia personificada, voz linda y terminada, juventud sana y cultivada, que comprenden y te aclaman tus admiradoras del alma que raphaelistas nos llaman. Orgullosas de serlo,

como de apoyarte ahora y siempre, querido linacense! [pre,

Hay en esta merienda, que se organiza en una cafetería de Cuatro Caminos, unas ciento seten-

ta raphaelistas. Han pagado cien pesetas para pasar la tarde juntas y poder hablar de Raphael y poder así demostrar su admiración por él. Maribel Andújar pasea por entre las mesas y saluda a todo el mundo. Las chicas están alegres y, según nos dice alguna, nerviosas esperando la hora de los premios, ya que entre ellos hay tres corbatas del mismísimo Raphael. Pero esta no va a ser la única sorpresa. Maribel Andújar, gentil y noble presidenta, tiene entre sus manos un magnetofón de pilas, en el que hay grabado un mensaje de Raphael en persona, exclusivo para sus admiradoras del club. Maribel va haciendo oír la cinta de mesa en mesa; quiere que haya orden y que la gente no se arremoline. Pero no puede evitar que, al acabar el mensaje de Raphael en persona, las chicas de la mesa de turno griten alborozadas y digan entre sí: «¡Un beso!, ¡un beso!». Y es que el mensaje de Raphael es realmente expresivo:

«Os habla precisamente en esta tarde del domingo, Raphael. Un saludo muy cariñoso y un beso muy fuerte para todas vosotras, hoy que estáis reunidas todas o casi todas... Para la presidenta (para ti, Maribel), un beso, y para

todas igual, ¿eh?, para todas el mismo beso igual de fuerte. Eh... Solamente unas palabras para decir que me encuentro muy, muy bien, muy tranquilo, muy relajado y muy a gusto de empezar ya mi nueva "tourné", en la que espero tener un éxito pues tan grande, tan grande, tan grande, que los aplausos los oigáis vosotras aquí, en Madrid. Hasta mi vuelta, un abrazo muy fuerte y siempre adelante... Un beso...».

—Maribel, ¿qué crees que ocurrirá si Raphael se casa algún día?

—No creo que estemos capacitadas para soportar ese golpe. Ya no sería lo mismo, aunque él siguiera cantando igual de maravillosamente. Pero, claro, ya no sería lo mismo aunque él siguiera cantando igual... No sería lo mismo...

—¿Te casarías tú con él? ¿Crees que cualquiera se casaría con Raphael si él se lo pidiera?

—No; yo creo que todas nosotras tenemos un alto sentido de la moral y no nos casaríamos con Raphael sin conocerle previamente lo suficiente. Para nosotras es un ideal: es muy bueno, ama a su madre, es un ser encantador y, además, muy guapo. Es, en cierto modo, el hombre de nuestra vida, pero en un sentido abstracto. Pero si se casara ya todo sería un poco diferente. Por otra parte, él también piensa que el matrimonio es una cosa muy seria. Es muy católico, aunque no puede ir a Misa todos los domingos, ya que si lo hiciera se le comerían.

A muchas otras chicas les preguntamos si no le negarían nada a Raphael. La mayoría de ellas contestaron que sí. Que eso era muy serio y que, además, Raphael era un caballero y que no se atrevería a pedirles tal cosa. Sólo una chica nos dijo lo contrario: «¡A Raphael le daría lo que me pidiera, lo que me pidiera!... ¡Y que no me digan que si esto o lo otro! Raphael es solamente muy afectado, y eso es parte de su misterio. Yo conozco a mucha gente que es afeminada y luego resulta que...». La chica en cuestión estaba especialmente emocionada, ya que acababa de conseguir una corbata en el gran sorteo mensual. ¡Una corbata del mismísimo Raphael en persona!

—¿Que para qué quiero la corbata de Raphael? ¡Pues para ponerme! ¡Ay, Dios mío, qué emoción, qué emoción! ¡Ay, madre! ¿Pero es que no comprendéis lo que significa para una raphaelista tan grande como yo esta corbata?

—Pues no, no lo imaginamos...

—Es que los hombres tenéis mucha envidia. Sois unos envidiosos. Porque Raphael le tiene que gustar a todo el mundo. Los hombres quisieran que les gritaran a ellos como nosotras le gritamos a Raphael. Sobre todo, lo querían los demás cantantes...

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V.



LA POLUCIÓN DEL AIRE ES UN HECHO...



COMPROBADO POR LA MUERTE
DIARIA DE MILES DE PAJARILLOS...



VIVIMOS DE MILAGRO EN ESTA
ATMOSFERA ENRARECIDA...



SIN QUE SE TOMEN MEDIDAS
DRASTICAS PARA EVITAR ESA
PLAGA...



¡ADIÓS PALMIRA, ME VOY AL CAMPO
A RESPIRAR AIRE PURO!!...

—Seguimos sin entender para qué quieres un recuerdo de Raphael. Además, la corbata puede que no sea ni suya...

—Aunque la corbata no fuera de Raphael, yo me lo creería igual y me haría la mismísima ilusión. Pero yo sé que es de Raphael; estoy completamente segurísima que lo es. Porque esta corbata significa mucho, muchísimo. Ahora mismo estoy tan nerviosa y tan feliz que no lo puedo explicar, pero es que me hacía tantísima ilusión y es, además, un recuerdo. Ser raphaelista y tener un recuerdo de Raphael, pues es lo más grande para mí; me la pondré todos los días, todas las noches, a todas las horas...

—¿Tienes novio?

—¡Claro que tengo novio! Ya sé lo que me vais a decir. Pues no, una corbata de mi novio no significaría lo mismo. Porque a mi novio ya le tengo, pero a Raphael, no. ¡Ay, Raphael!...

—Si Raphael te pidiera algo, ¿se lo darías?

—¡Huy, lo que me pidiera, lo que quisiera...! ¡Y encantada!

La entrega de premios ha sido realmente una sucesión de gritos y decepciones. Hay algunas raphaelistas que no pueden soportar la idea de que no les haya tocado a ellas alguna foto o algún disco (la corbata ya es mucho pedir). Hay caras largas que durarán todo un mes, esperando de nuevo la oportunidad de conseguir una reliquia de tal magnitud. Una señora menos joven que la mayoría sigue tranquilamente sentada en su mesa. Está acompañada de algunas amigas, entre

ellas una chica pizpireta, que es la que comienza el diálogo:

—Yo empecé a aficionarme a la música con el Dúo Dinámico, pero luego descubrí a Raphael y ya no me interesa nada más. No me gusta la música sinfónica ni me dedico a hacer otra cosa en mis ratos libres que seguir los pasos de Raphael; no leo ni hago nada por el estilo, porque creo que todo el tiempo que se le dedique a Raphael es poco para el que se merece. Y cuando estoy triste me pongo alguna canción de Raphael y, aunque son tristes, me emocionan y me contentan. Es de la única manera que me siento feliz... Nada es como esto de ser raphaelista...

Señora mayor.—Todo este movimiento es una cosa inexplicable. Yo, que tengo algunos años más que toda esta mayoría, puedo decirse, ya que no he conocido nada parecido. Raphael es un fenómeno de su tiempo, y tampoco sé decirte por qué. Solamente puedo decir que cuando él canta se le pone a una una cosa en la garganta, una cosa en el corazón, que dice usted: "¡Dios mío, que le salga bien!", como en el último festival que dio en Madrid, que las que realmente sufrimos fuimos nosotras...

Una señorita argentina (que está junto a la señora que acaba de intervenir).—En mi casa, en la Argentina, hay fotos de Raphael por todas las paredes, por el techo. Aunque soy soltera, tengo novio y estoy comprometida. Bueno, pues cuando me case, nada cambiará y seguiré viniendo a España cada vez que Raphael actúe.

Cada vez que Raphael vuelve de un viaje, sus «fans» le aclaman en el aeropuerto. Dado que el idolo se prodiga poco no son extrañas estas manifestaciones, generalmente muy expresivas.





Maribel Andújar confiesa que su trabajo está lleno de responsabilidad pero que también es profundamente agradable.

Y no crea usted que yo soy rica, no, ¡qué va! Lo que hago es ahorrar durante todo el año; no voy a un cine (salvo, claro está, a ver mil veces las películas de Raphael) ni a un baile siquiera. Todo lo doy por bien empleado con tal de poder ver a Raphael en persona. Mi novio es mi novio, es el hombre que yo quiero, pero Raphael es una cosa distinta; se le quiere de una forma distinta... ¡Si ustedes supieran el dinero que nos hemos gastado mi hermana y yo en esto de Raphael!... Que si discos, que si fotos, que si viajes, que si trajes de uniforme o de gala... ¡Una barbaridad! Una millonada de plata... Pero todo se da por bien empleado, porque nada en la vida produce tanta felicidad, nada en la vida... Y mi caso no es el único, ya que, por ejemplo, el año pasado se escapó de Rosario una niña de trece años que se fue hasta Buenos Aires para ver actuar a Raphael, y fue la Policía la que tuvo que encontrarla...

Señora mayor.—Yo conozco chicas que si Raphael se pone malo hacen promesa de no ver la televisión hasta que se cure. Y se quedan en casa estudiando y se van a la cama sin hacer nada más. Y fíjense ustedes en aquellas señoras que están en aquel rincón. ¡Pobrecitas!... Han venido desde Santiago de Chile para poder ver actuar a Raphael, y miren cómo van vestidas, que da pena verlas. Pues una en seguida se da cuenta de que no les sobra el dinero y de que han venido, las pobres, renunciando a muchas cosas, y que a lo mejor tienen problemas en sus casas con el dinero... Y es que, ya les digo, esto de Raphael es un fenómeno de su tiempo que no tiene explicación posible.

—¿Usted cree, señora, que esto no tiene explicación posible?

Señora mayor.—Nada, nada, esto es un misterio, porque nunca ha pasado nada igual. Raphael es un portento, pero sólo Dios

IRAPHAEL

sabrán por qué tiene estos entusiasmos como el que ustedes ven aquí hoy.

Las ventajas de la integración

En este momento sublime, en que estoy pensando en ti, me parece todo triste porque ya no estás aquí. Este amor que estoy sintiendo lo siento solamente yo, porque tú no sabes siquiera que también existo yo. Quisiera que algún día, cuando vuelvas tú aquí, simplemente que te acuerdes que estaré pensando en ti.

—Maribel, ¿tú crees que Raphael ha supuesto alguna innovación en la canción?

—No; Raphael se encuentra metido en unos cauces tradicionales. No propone nada nuevo. Canta canciones de amor, porque mientras no se invente otro sistema para traer niños al mundo, el amor es lo más importante de la Tierra. Raphael es un ser normal y no se mete en canciones de protesta ni en complicaciones políticas. Raphael le gusta a todas las clases sociales y no necesita meterse en jaleos; además, si hiciera recitales en fábricas, como algunos, armarían unos barullos increíbles, tal es el entusiasmo que despierta entre los obreros. Y es que Raphael le gusta a todo el mundo, porque para algo es el mejor. Sus canciones no son de izquierdas, porque ser de izquierdas es ser anormal. Sobre todo, si se vive bien como vive él. Raphael canta cosas intrascendentes, que son las cosas que le gus-

ta a la gente. Y sería estúpido que cambiara de sistema. Los españoles somos muy románticos...

—¿Qué otras cosas hace el club aparte de admirar a Raphael?

—Bueno, pues organizamos muchas cosas. Por ejemplo, hace poco se murió un socio y la familia era muy pobre. Pues nosotros fuimos al entierro, le ayudamos y llevamos flores. También hemos organizado la "Operación abuelo" y hemos llevado una nota de juventud a asilos donde la gente no piensa ya nada más que en morir. La juventud española es muy buena y en estos casos lo demuestra. Aunque quizá no tenga mucha personalidad...

—¿No tiene personalidad?

—No, porque quiere imitar las cosas de fuera. Y nosotros somos diferentes, porque los de fuera están más avanzados y ya lo tienen todo. Nosotros, en cambio, todavía tenemos muchas cosas por delante, y ojalá siempre estemos igual, porque así es mucho más agradable vivir.

—¿Crees realmente eso?

—Claro, nosotros no tenemos dobleces. Por eso admiramos tanto a Raphael.

—Alguien decía que el club era un negocio importante. Nosotros hemos hecho cálculos y...

—Pues no, no es verdad. ¡Cómo va a ser verdad! ¡Qué tontería! Conseguimos a duras penas salir adelante. Tenemos que pagar este local para la oficina, y el teléfono, y los sellos... En fin, que tenemos muchos gastos, y hay algunos socios que no pueden pagar...

—Pero los que no pueden pagar

son los que se van a la Gran Familia Raphaelista, ¿no?

—Sí, esos son los que no pagan. Y, claro, no participan en las rifas, ni en las meriendas, ni en nada de eso. Pero a Raphael le sirven lo mismo, porque también le promocionan y le admiran muchísimo...

Acaba nuestra visita al club de «fans», a la merienda. Las afortunadas seguidoras de premios se sienten felices; otras no tanto, pero todos, al unísono, cantarán uno de los muchos himnos compuestos a la mayor gloria del «niño»:

Somos bandera roja y negra que a los vientos ondean su ideal. Somos palomas mensajeras que ofrecemos: cariño y amistad. Al cantar con ilusión nuestro himno alegre y juvenil, nuestras voces se hacen canción, que a los ecos repiten así:

¡Raphael!

Es tu sonrisa nuestra alegría.

¡Raphael!

Son tus canciones, admiración.

¡Raphael!

Es tu persona la simpatía.

¡Raphael!

Son tus triunfos nuestra ilusión.

Y, fiel a nuestro lema,

así caminaremos,

y alegres cantaremos

nuestra mejor canción.

Somos bandera roja y negra

que a los vientos ondean su ideal.

Somos palomas mensajeras

que ofrecemos: CARINIO Y AMIS-

[TAD.

■ Reportaje realizado, con ayuda del magnetofón, por DIEGO GALAN y FERNANDO LARA. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

Las «fans» engullen su merienda soñando esperanzadas en el premio de la corbata. Minutos más tarde, todas se levantarían excitadas esperando, sin respirar, encontrar su nombre entre las agraciadas.

